

LAS SIRENAS DE TITÁN

KURT VONNEGUT



Winston Niles Rumfoord y su perro Kazak viven en una nave dentro de una singularidad espaciotemporal que les permite viajar por el tiempo y el espacio, pero no pueden permanecer más que unos pocos minutos en cada sitio. Esta visión del pasado, del presente y del futuro les permite crear en la Tierra una religión universal y unificadora, capaz de garantizar los milagros y la predicción del futuro: la Iglesia del Dios Indiferente. Pero ¿quién ha secuestrado a la esposa de Rumfoord y al millonario Malachi Constant? ¿Quién está detrás del ejército que se prepara en Marte para invadir la Tierra? ¿Hay vida inteligente en el universo?

A Alex Vonnegut, agente especial, con afecto.

«Cada hora que pasa el Sistema Solar se acerca ochenta mil kilómetros al Cúmulo Globular M13 de Hércules... y todavía algunos extraviados insisten en que el llamado progreso no existe».

RANSOM K. FERM

Todas las personas, lugares y acontecimientos de este libro son reales. Ciertas palabras e ideas son forzosamente construcciones del autor. No se han cambiado los nombres para proteger al inocente, pues como mera cuestión de rutina celestial, Dios Todopoderoso protege al inocente.

1

Entre Tímido y Tombuctu

«Supongo que hay alguien allá arriba a quien le gustó».

MALACHI CONSTANT

AHORA TODOS SABEN CÓMO ENCONTRAR el sentido de la vida dentro de uno mismo.

Pero la humanidad no siempre fue tan afortunada. Hace menos de un siglo los hombres y las mujeres no tenían fácil acceso a las cajas de rompecabezas que llevan dentro.

No podían nombrar siquiera uno de los cincuenta y tres portales del alma.

Las religiones de pacotilla eran el gran negocio.

La humanidad, ignorante de las verdades que yacen dentro de cada ser humano, miraba hacia afuera, pujaba siempre hacia afuera. En su impulso hacia afuera la humanidad confiaba en llegar a saber quién era el responsable de toda la creación y en qué consistía toda la creación.

La humanidad lanzaba sus agentes de avanzada hacia afuera, hacia afuera. En el momento preciso los lanzó al espacio, al incoloro, insípido, ingrávigo mar de la exterioridad sin fin.

Los lanzó como piedras.

Esos desdichados agentes encontraron lo que ya habían encontrado abundantemente en la Tierra: una pesadilla sin fin, falta de sentido. Los dones del espacio, de la infinita exterioridad, eran tres: heroísmo vacío, comedia barata y muerte fútil.

La exterioridad perdió, por fin, sus imaginarios atractivos.

Sólo quedaba por explorar la interioridad.

Sólo el alma humana seguía siendo *terra incognita*.

Éste fue el comienzo de la virtud y la sabiduría.

¿Cómo eran las gentes en los viejos tiempos, con sus almas todavía inexploradas?

La siguiente es una verdadera historia de la Época de la Pesadilla, comprendida, año más, año menos, entre la Segunda Guerra Mundial y la Tercera Gran Depresión.

Había una multitud.

La multitud se había reunido porque iba a producirse una materialización. Un hombre y un perro se materializarían, saldrían del aire sutil, vapores al principio, tan sustanciales al final como cualquier hombre y perro vivientes.

La multitud no conseguiría ver la materialización. La materialización era estrictamente asunto privado, en propiedad privada, y la multitud no estaba, decididamente, invitada a recrearse los ojos.

La materialización, como una ejecución moderna, civilizada, iba a producirse entre paredes altas, desnudas, custodiadas. Y del otro lado de las paredes la multitud era como la multitud que está del otro lado de las paredes en una ejecución.

La multitud sabía que no iba a ver nada, pero sus integrantes se complacían en estar cerca, en contemplar las desnudas paredes e imaginar lo que estaba sucediendo adentro. Los misterios de la materialización, como los misterios de una ejecución, eran encarecidos por la pared; diapositivas de la linterna mágica de una imaginación enferma, diapositivas proyectadas por la multitud en las desnudas paredes de piedra, los volvían pornográficos.

La ciudad era Newport, Rhode Island, U.S.A., la Tierra, Sistema Solar, Vía Láctea. Las paredes eran las de la propie-

dad de Rumfoord.

Diez minutos antes de que la materialización hubiera de producirse, unos agentes de policía difundieron el rumor de que la materialización había ocurrido prematuramente, fuera de las paredes, y que el hombre y su perro podían verse tan claros como el día a dos cuadras de distancia. La multitud se precipitó para ver el milagro en el cruce.

La multitud se volvía loca por los milagros.

En el extremo más alejado de la multitud había una mujer que pesaba ciento cincuenta kilos. Tenía bocio, una manzana acaramelada y una niña gris de seis años. Llevaba a la niña de la mano y se abría paso a empujones, como una pelota en la punta de un elástico.

—Wanda June —dijo—, si no empiezas a portarte bien, no te traeré nunca más a una materialización.

Las materializaciones se habían producido durante nueve años, una cada cincuenta y nueve días. Los hombres más doctos y valiosos del mundo habían suplicado conmovedoramente por el privilegio de ver una materialización. Cualquiera que fuese la forma de sus peticiones, la respuesta era tajante. La negativa era siempre la misma, de puño y letra de la secretaria social de Mrs. Rumfoord.

A pedido de Mrs. Winston Niles Rumfoord, le comunico que no puede extenderle la invitación que usted solicita. La señora está segura de que usted comprenderá su sentir en esta cuestión: que el fenómeno que usted desea observar es un trágico asunto de familia, que no se presta en absoluto a ser visto por extraños, por muy noble que sea el motivo de su curiosidad.

Ni Mrs. Rumfoord ni su personal respondieron a ninguna de las decenas de miles de preguntas que se les hicieron sobre las materializaciones. Mrs. Rumfoord consideraba que debía muy poco al mundo en materia de información. Cumplía esa obligación incalculablemente pequeña comunicando un informe veinticuatro horas después de cada materialización. Nunca pasaba de unas cien palabras. El mayordomo lo depositaba en una caja de vidrio encadenada a la pared próxima a la única entrada de la propiedad.

La única entrada de la propiedad era una puerta como para Alicia en el País de las Maravillas, situada en la pared oeste. Tenía apenas un metro y medio de alto. Era de hierro y estaba cerrada con una gran cerradura Yale.

Los anchos portones de la propiedad habían sido tapiados.

Los informes que aparecían en la caja de vidrio junto a la puerta de hierro eran uniformemente glaciales y displicentes. Lo que decían sólo servía para entristecer a quien tuviera una pizca de curiosidad. Comunicaban la hora exacta en que Winston, el marido de Mrs. Rumfoord, y su perro Kazak, se habían materializado, y la hora exacta en que se habían desmaterializado. El estado de salud del hombre y su perro era invariablemente calificado de *bueno*. Los informes daban a entender que el marido de Mrs. Rumfoord podía ver el pasado y el futuro con claridad, pero no se molestaban en dar ejemplos de visiones en ninguno de los dos sentidos.

La multitud había sido engañada para apartarla de la propiedad a fin de que pudiera llegar sin inconvenientes hasta la puertecita de hierro de la pared occidental una *limousine* alquilada. De la *limousine* salió un hombre delgado, vestido como un dandy eduardiano, que mostró un papel al po-

licía guardián de la entrada. Estaba disfrazado con una barba postiza y anteojos oscuros.

El policía asintió con un gesto y el hombre abrió la puerta con una llave que sacó del bolsillo. Se precipitó adentro y cerró tras de sí con un portazo.

La *limousine* se fue.

¡*Cuidado con el perro!*, decía un cartel sobre la puertecita de hierro. Los resplandores del atardecer de verano temblaron entre los filos y las puntas de vidrio roto incrustadas en el cemento, en lo alto de la pared.

El hombre que había entrado era la primera persona invitada por Mrs. Rumfoord a una materialización. No era un gran hombre de ciencia. Ni siquiera era un hombre educado. Había sido expulsado de la Universidad de Virginia al promediar su primer año de estudios. Era Malachi Constant, de Hollywood, California, el más rico de los norteamericanos y famoso libertino.

¡*Cuidado con el perro!*, decía el cartel por fuera de la puertecita de hierro. Pero del lado de adentro sólo había el esqueleto de un perro. Llevaba un collar erizado de púas y encadenado a la pared. Era el esqueleto de un perro muy grande, un mastín. Los largos dientes encajaban como en un engranaje. El cráneo y las mandíbulas formaban una máquina, astutamente articulada e inocua, de desgarrar carne. Las mandíbulas se cerraban con un chasquido. Aquí habían estado los ojos brillantes, allí las agudas orejas, allá el suspicaz hocico, aquí el cerebro del carnívoro. Cuerdas de músculos, enganchados aquí y allá, juntaban los dientes a través de la carne con un chasquido.

El esqueleto era simbólico, como un pretexto, un tema de conversación propuesto por una mujer que no hablaba con casi nadie. Allí, junto a la pared, no había muerto ningún perro en su puesto. Mrs. Rumfoord había comprado los huesos a un veterinario, los había mandado blanquear y barnizar y los había hecho armar con alambres. El esqueleto era uno de los muchos comentarios amargos y oscuros de

Mrs. Rumfoord sobre las bromas pesadas que el tiempo y su marido le habían jugado.

Mrs. Winston Niles Rumfoord tenía diecisiete millones de dólares. Mrs. Winston Niles Rumfoord ocupaba la posición social más alta que se pudiera tener en los Estados Unidos de Norteamérica. Mrs. Winston Niles Rumfoord era sana y bella, y además talentosa. Tenía talento de poeta. Había publicado anónimamente un delgado volumen de poemas titulado *Entre Tímido y Tombuctu*. El libro había recibido una discreta acogida.

El título derivaba del hecho de que, en inglés, todas las palabras entre *timid* (tímido) y *Timbuktu* (Tombuctú) en los diccionarios abreviados, se relacionan con el tiempo (*time*).

Pero a pesar de estar tan bien dotada, Mrs. Rumfoord hacía cosas turbias como encadenar el esqueleto de un perro a la pared, tapiar los portones de la propiedad, permitir que los famosos y convencionales jardines se convirtieran en una selva de New England.

Moraleja: El dinero, la posición, la salud, la belleza y el talento no son nada.

Malachi Constant, el más rico de los norteamericanos, cerró tras de sí la puerta de Alicia en el País de las Maravillas. Colgó los anteojos oscuros y la barba postiza en la hiedra de la pared. Dejó atrás vivamente el esqueleto del perro, mirando al mismo tiempo su reloj que funcionaba con energía solar. Dentro de siete minutos, un mastín viviente llamado Kazak se materializaría y andaría vagando por allí.

«Kazak muerde», había dicho Mrs. Rumfoord en su invitación, «le ruego que sea puntual».

Constant sonrió al recordar la advertencia de que fuera puntual. Ser puntual significaba existir como un punto, significaba tanto eso como llegar a un lugar a tiempo. Constant existía como un punto, no podía imaginar cómo sería existir de otro modo.

Ésa era una de las cosas que iba a descubrir: cómo era existir de alguna otra manera. El marido de Mrs. Rumfoord

existía de otra manera.

Winston Niles Rumfoord había conducido su nave espacial privada hasta el corazón de un infundibulum crono-sinclástico inexplorado, situado dos días más allá de Marte. Sólo un perro lo había acompañado. Ahora Rumfoord y el perro Kazak existían como fenómeno ondulatorio, al parecer vibrando en una espiral torcida que empezaba en el Sol y concluía en Betelgeuse.

La tierra estaba a punto de interceptar esa espiral.

Cualquier explicación breve sobre los infundibula crono-sinclásticos ofenderá seguramente a los especialistas en la materia. Como quiera que sea, la mejor explicación breve es probablemente la del Dr. Cyril Hall, que aparece en la decimocuarta edición de la *Enciclopedia infantil de maravillas e inventos*. Reproducimos aquí el artículo completo, amablemente autorizados por los editores:

Infundibula crono-sinclásticos. Imagina que tu papá es el hombre más inteligente de la tierra, y que conoce todo lo que existe, tiene razón en todo y puede probarlo. Imagina ahora a otro chico en otro lindo mundo, a millones de años luz de distancia, y que el papá de ese chico es el hombre más inteligente de ese lindo mundo tan alejado. Y que es tan inteligente y tiene tanta razón como tu papá. Los dos papás son inteligentes, los dos papás tienen razón.

Sólo que si llegaran a encontrarse, se pelearían muchísimo, porque no estarían de acuerdo en nada. Tú puedes decir que tu papá tiene razón y que el papá del otro chico está equivocado, pero el Universo es un lugar enormemente grande. Hay espacio bastante para una inmensa cantidad de gente que tiene razón y sin embargo no se pone de acuerdo.

La razón de que los dos papás tengan razón y sin embargo se peleen tanto es la de que hay muchísimas maneras de tener razón. Pero hay lugares en el Universo donde cada papá puede al fin pescar lo que el otro papá está diciendo. En esos lugares todas las clases diferentes de verdades se ajustan tan bien como las piezas del reloj solar de tu papá. A esos lugares se les llama infundibula crono-sinclásticos.

Según parece, el Sistema Solar está lleno de infundibula crono-sinclásticos. Estamos seguros de que hay uno enorme situado entre la Tierra y Marte. Lo sabemos porque allí estuvieron un hombre terrestre y su perro terrestre.

Quizá pienses que sería lindo ir a un infundibulum crono-sinclástico para ver las maneras diferentes que hay de tener toda la razón, pero es algo muy peligroso. El pobre hombre y su no menos pobre perro se desperdigaron en todas direcciones, no sólo del espacio, sino también del tiempo.

Crono significa tiempo. Sinclástico significa curvado hacia el mismo lado en todas direcciones, como la cáscara de una naranja. Infundibulum es lo que los antiguos romanos como Julio César y Nerón llamaban un embudo. Si no sabes lo que es un embudo, pídele a tu mamá que te muestre uno.

La llave de la puerta de Alicia en el País de las Maravillas había llegado junto con la invitación. Malachi Constant la deslizó en el bolsillo forrado de piel de su pantalón y siguió el único sendero que se abría delante de él. Caminó en una sombra profunda, pero los rayos descendentes del ocaso ponían en las cimas de los árboles una luz como la de Maxfield Parrish.

Constant jugueteaba con la invitación a medida que iba avanzando, a la espera de que se la pidiesen en cada vuelta. La tinta de la invitación era violeta. Mrs. Rumfoord tenía sólo treinta y cuatro años, pero escribía como una anciana,

con una mano nudosa como un garfio. Detestaba francamente a Constant, a quien nunca había visto. El tono de la invitación era reticente, es lo menos que se podía decir, y como escrita en un pañuelo sucio.

«Durante su última materialización», decía la tarjeta, «mi marido insistió en que usted estuviese presente en la próxima. No pude disuadirlo de ello, a pesar de los muchos y manifiestos inconvenientes de la cosa. Insiste en que lo conoce bien a usted, pues lo ha encontrado en Titán que, por lo que he podido entender, es una luna del planeta Saturno».

Apenas había una frase en la invitación donde no figurara el verbo *insistir*. El marido de Mrs. Rumfoord había insistido en que ella hiciera algo con lo cual estaba en absoluto desacuerdo, y ella a su vez insistía en que Malachi Constant se comportara lo mejor que pudiese, como el caballero que no era.

Malachi Constant nunca había estado en Titán. Que él supiera, jamás había salido de la envoltura gaseosa de su planeta natal, la Tierra. Al parecer iba a enterarse de que no era así.

Las vueltas del sendero eran muchas y la visibilidad escasa. Constant avanzaba por un caminito verde y húmedo del ancho de una cortadora de césped, que era en realidad la huella dejada por la cortadora. A los dos lados se levantaban las verdes paredes de la selva en que se habían convertido los jardines.

La huella de la cortadora orilló una fuente seca. El hombre que manejaba la cortadora había mostrado su imaginación en ese punto, bifurcando el sendero. Constant podía elegir el lado de la fuente por el que prefiriera pasar. Se detuvo en la bifurcación, miró hacia arriba. La fuente misma era de una imaginación maravillosa: un cono formado por varios tazones de piedra de diámetros decrecientes. Los ta-

zones formaban argollas alrededor de un tubo cilíndrico de unos doce metros de alto.

En un arranque, Constant no eligió ni una ni la otra rama de la bifurcación, sino que se trepó a la fuente. Subió de un tazón a otro con intención de ver desde lo alto adónde había llegado y hacia dónde iba.

Desde la cúspide, en el tazón más pequeño de la fuente barroca, los pies entre ruinas de nidos de pájaros, Malachi Constant echó una mirada a la propiedad y a una gran parte de Newport y de Narragansett Bay. Tendió el reloj hacia la luz del sol, a fin de que bebiera el elemento que era para los relojes solares lo que el dinero para los hombres de la Tierra.

La fresca brisa marina desordenaba el pelo renegrido de Constant. Era un hombre bien plantado, quizá un poco pesado, moreno, de labios de poeta, suaves ojos castaños sombreados por un entrecejo como el del hombre de Cromagnón. Tenía treinta y un años, y tres mil millones de dólares, en gran parte heredados.

Su nombre significaba *mensajero fiel*.

Especulaba sobre todo con acciones de sociedades comerciales.

En las depresiones que siempre sufría después del alcohol, las drogas y las mujeres, Constant deseaba una sola cosa, un solo mensaje que tuviera suficiente dignidad e importancia como para transmitirlo humildemente.

El lema del escudo de armas que Constant se había dibujado decía simplemente: *El mensajero espera*.

Probablemente Constant pensaba en un mensaje divino, de primera clase, a alguien igualmente distinguido.

Constant miró una vez más su reloj solar. Tenía dos minutos para bajar y llegar a la casa, dos minutos antes que Kazak se materializara y buscara a forasteros para morderlos. Constant se rió para sí pensando en lo encantada que estaría Mrs. Rumfoord si ese ordinario, ese advenedizo de Mr. Constant, de Hollywood, se pasaba toda la visita enca-